

Viernes

Era un viernes cualquiera de agosto. Solo hacía un mes que estaba haciendo las prácticas de la carrera en el periódico y, aparte de revisar textos, archivar y revisar documentación, poco más había hecho, pero estaba contenta porque la gente era muy agradable y simpática y eran frecuentes los momentos de bromas y risas entre compañeros.

Pedro, el jefe de la sección, era un hombre muy cercano y más que jefe se portaba como un compañero la mayoría del tiempo. Aparte de la presentación formal cuando entré a hacer las prácticas en su sección, había tenido la ocasión de hablar con él un par de veces en la salita del café y me había parecido un hombre muy interesante, con mucho bagaje periodístico a sus espaldas y una gran cultura en general. Físicamente también era muy interesante y, aunque debía rondar los 40 largos, se mantenía muy bien. Si tuviera que buscarle un parecido físico diría que era una especie de Richard Gere español, con su media melena canosa, esas facciones casi perfectas y ese saber estar que poseen algunos hombres maduros

El caso es que, al igual que yo me fijé en él, también percibí en varias ocasiones como, aprovechando su mayor altura, sus pupilas se inclinaban hacia abajo ante mi presencia y su mirada jugaba a colarse por el escote de mis camisetas o intentaba acariciar mis pezones, duros por el efecto del aire acondicionado cayendo a chorro sobre mis pechos

Esa tarde de agosto la redacción estaba vacía. Eran ya las ocho y media y todo el mundo se había ido ya. Todos menos Pedro y yo, que me había liado buscando documentación que me habían pedido para un artículo.

Cuando ya estaba a punto de acabar para irme, sonó el teléfono de mi mesa, descolgué y al otro lado sonó su voz que me pedía si, por favor, podía ir hasta su despacho, me giré, miré hacia él (su despacho era una "pecera" de cristal) y asentí con la cabeza.

Mientras me dirigía hacia allá, se me amontonaban los pensamientos en la cabeza sobre qué podría querer de mí a esas horas. Llegué, llamé a la puerta y me senté frente a él.

La conversación se centró en mí, mis estudios, mis planes para el futuro, el tipo de periodismo que quería hacer... mientras él, de vez en cuando, iba intercalando experiencias suyas como reportero, enviado especial, etc, que lo hacían si cabe más interesante

Durante la conversación, noté como él, aunque se esforzaba por evitarlo, era incapaz de alejar la vista del nacimiento de mis pechos que los corchetes desabrochados de mi vestido blanco ibicenco dejaban al descubierto, y eso me excitaba más todavía por lo que retiré mi mano derecha de la mesa, la llevé hacia mi entrepierna y empecé a acariciarme disimuladamente por encima del vestido.

Mi cuerpo y mi mente estaban en otro sitio y, aunque escuchaba las palabras e intentaba seguir la conversación como mejor podía intentando no soltar ningún gemido, cada vez se me hacía más difícil contenerme.

En un ataque de locura transitoria me levanté de la silla y me fuí hacia Pedro. Él se giró medio sorprendido, medio asustado y no logró articular palabra. Me agaché y con mis manos le bajé lenta y suavemente la cremallera de sus pantalones. Lo que allí me encontré no era producto del último minuto, si no más bien resultado de la larga conversación que habíamos tenido hasta ese momento.

Metí la mano por el agujero que había quedado entre sus pantalones y su boxer y, no sin esfuerzo, logré sacar su pene erecto que había quedado aprisionado entre tanta ropa. De su prepucio morado emanaban unas pocas gotas de líquido caliente y viscoso que recogí con mi dedo índice y deposité sobre mi lengua para, acto seguido, coger su polla por la base y metérmela en la boca hasta que su punta rozó mi epiglotis.

Miré hacia arriba y vi a Pedro. Había recostado la cabeza hacia atrás y de su boca salían sonidos producidos por su respiración y su excitación que no hacían más que aumentar mi libido. Sus manos se posaron sobre mi cabeza y comenzaron a dirigir mis movimientos cada vez más rápidos y cada vez más profundos. Tenía la sensación de que él quería acabar así pero yo no se lo iba a permitir. Me eché hacia atrás, retiré su polla de mi boca, y me levanté.

Me desabroché todos los corchetes del vestido, que cayó sobre el suelo, y mi cuerpo quedó desnudo ante él. Solo mi pequeña tanga blanca y mis alpargatas de cuña vestían mi cuerpo.

Me acerqué hasta que aprisioné su cara contra mis grandes y duros pechos y, mientras mi mano derecha presionaba su cabeza contra mí, la izquierda iba en busca de la suya. Una vez la encontré, le ayudé a separar la tira de la tanga, la acompañé hasta mi clítoris y le mostré el donde y el como.

Enseguida noté que no solo tenía experiencia en la vida profesional o personal, si no que también era un gran experto en el campo sexual. Sabía perfectamente como jugar con los tiempos de acariciar mi clítoris o mis labios vaginales, y cuando penetrarme con sus dedos y acariciar las paredes del interior de mi vagina. Me hizo sentir el placer que ningún otro hombre me había dado.

Mis piernas casi no respondían pero aún así lograba que mis rodillas me obedecieran y se doblaran para lograr el movimiento de subida - bajada que acompasaba las caricias y penetraciones digitales que Pedro me regalaba.

En poco tiempo se había formado un coro de sonidos compuesto por nuestros gemidos y el producido por sus dedos al entrar en mi vagina completamente inundada de mi fluido sexual

Cuando los temblores de mis piernas eran ya incontrolables, y después de haber gozado mi primer orgasmo, me aparté un poquito, me quité la tanga totalmente mojada y, volviendo a

acercarme, apoyé una pierna sobre uno de los reposabrazos de la butaca y la otra sobre el otro reposabrazos. Mis piernas quedaron abiertas en un ángulo de 90º y mi vagina totalmente accesible. En ese momento me senté sobre su polla, introduciéndome primero la punta y jugando un rato con ella (que si está dentro, que si está fuera) para, después de ese breve juego, introducírmela entera hasta que mis nalgas notaron el calor y tacto de sus huevos.

La cara de Pedro no dejaba lugar a dudas de que estaba disfrutando tanto como yo y mientras su poya me penetraba, su boca y su lengua se turnaban para mimar mis pezones duros y morados por la excitación.

La butaca de ruedas se movía de un lugar a otro dando golpes, limitada su libertad entre la mesa del despacho y el armario. La suspensión de la silla hacía su trabajo de colaborar a que la penetración fuera más profunda y las embestidas cada vez más fuertes hasta que ni Pedro, ni yo, pudimos aguantar más la presión y explotamos en un fabuloso orgasmo que nos arrastró hasta los límites de lo onírico.

Me quedé un rato con él dentro, hasta que nuestros últimos espasmos acabaron por completo. Como pude, me incorporé de la silla y me agaché para lamerle las últimas y rezagadas gotas que habían salido de su polla.

Me incorporé, pasé mi dedo por mi coño y se lo metí en la boca, "para que te acuerdes de mi sabor", le dije. Me puse el vestido, me abroché los corchetes, recogí la tanga del suelo, la lamí y se la di a Pedro

Salí del despacho, recogí mi bolso y me fuí hasta la puerta de la redacción. En ese momento me fijé en una cámara de vigilancia que estaba apuntando hacia el despacho de Pedro. Salí a los pasillos y me choqué con Quique, el vigilante de seguridad del periódico, que se dirigía a los servicios llevando en la mano un cleenex totalmente arrugado.

Pedro se fué de vacaciones ese mismo fin de semana y no volvió hasta días después de que yo acabase las prácticas en el periódico